



Botan de EU al populismo

(Roberto Cruz, pág. 4-6)

Debieron pasar cuatro días para que Joe Biden consolidara su victoria sobre Donald Trump.

Fueron demasiadas horas de suspenso, incluso al terminar el viernes cuando, como lo publicaba The Wall Street Journal, casi como un reto imposible para el republicano:

“Trump tiene una ruta para ganar 56 votos electorales más.... Biden tiene cuatro para ganar 6”.

Pero Biden ganó la mejor, Pennsylvania que aporta 20 votos. De 264 saltó a 284 (dando por hecho que gana Arizona).

Era la conclusión que se fue desarrollando desde un día antes, el jueves, cuando algunos medios de comunicación colocaban al demócrata con 264 votos electorales, de 270 que se requieren para alzarse con la victoria, mientras al republicano con 214.

Otros, ante el lento conteo, la recepción de votos de fuera de Estados Unidos y la presión republicana y de Trump, preferían no dar como un triunfo para Biden el estado de Arizona, que aportaba 11 votos electorales, y lo mantenían en 253, en lugar de 264. En este estado, en las últimas horas del viernes, aunque Trump avanzaba, continuaba abajo del demócrata.

Ese era el panorama con que caía la noche del viernes.

Esta media mañana de sábado el escenario cambió. Trump es avisado por las notas de los medios de comunicación y redes sociales que deberá salir de la Casa Blanca. Hay un nuevo inquilino.

Minutos después darse a conocer su triunfo en Pennsylvania, Biden arengó:

“Seré Presidente de todos los estadounidenses”.

Desde el jueves, pero con mayor razón el viernes, Biden la tenía más fácil que Trump. Después de ir mínimamente abajo un día antes, repuntaba en Georgia (que aporta 16 votos), Nevada (6) y Pennsylvania (20).

Otro estado pendiente era Carolina del Norte en el que Trump afianzaba su superioridad.



Sin embargo, desde el miércoles, un día después de la elección, Biden daría las primeras sorpresas al ganar Michigan y Wisconsin.

Con ese negro panorama, ¿de dónde sacaría Trump 56 votos electorales?

LOS TUMBOS DE LA DEMOCRACIA

Este cúmulo de cifras, días, reclamos y hasta protestas por parte de seguidores tanto del republicano como del demócrata mostraban que lejos, más todavía de las elecciones recientes pasadas, quedaba aquel viejo concepto de que Estados Unidos edificaba la democracia perfecta.

El concepto tenía un lado romántico, el de no representar una trifulca el resultado de la contienda así el margen entre el triunfador y el derrotado fuera mínimo. La democracia estadounidense se reflejaba en el aceptar la suerte del otro, como dijera el clásico mexicano, “haiga sido como haiga sido”. Digamos que como cuando el PRI perdió por vez primera en 70 años una elección presidencial, en el 2000, con Francisco Labastida como candidato que sucumbió ante el contendiente panista Vicente Fox. El prísmo ni chistó. ¿Democracia o entreguismo? Bueno, por ahí va.

Pero ojo, el sentido de que Estados Unidos fuera considerada, en tiempos posteriores a la posguerra y hasta finales del Siglo XX, pasando por la conclusión de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, no significaba que fuera la sociedad ejemplar, ni el sistema económico icono a nivel mundial (pues a principios del XXI vendría la revuelta económica europea que aún no termina), aunque permitía a la Unión Americana continuar siendo el líder mundial.

Pero claro, en gustos se rompen géneros. “La única democracia perfecta es una dictadura”, escribió Javier Cercas.

En el artículo “El alto riesgo de un colapso inimaginado en la democracia perfecta”, Gabriel Silva Luján afirma que “El gran faro de la democracia mundial tiene hoy tantas grietas que sus bases están seriamente amenazadas. Y el papel de Trump en esto ha sido, literalmente, demoledor”.

Los liderazgos como el de Trump ahora abundan, no como moda, sino como necesidad. Los hay de todos sabores, tanto de Izquierda como de Derecha, y hasta amelcochados, en donde caben todas las ideologías, siempre que haya un arrepentimiento, una conversión.

Pero así son las cosas en un mundo cambiante, globalizador, terco en todas sus formas de gobierno. Los países dan saltos, vueltas y vuelven a lo mismo.

Y Estados Unidos no es la excepción.



En una lucha que se vuelve ya constante, las izquierdas y las derechas, los conservadores y los liberales, los demócratas y los republicanos, cada vez más cierran sus confrontaciones.

Para muestra el botón de la elección presidencial entre Donald Trump y Joe Biden. A tres días del ejercicio electoral no se define al ganador. Y pinta para tribunales, aunque sin tanto argüende.

Y es que, dicen, todo se pega. ¿Será que la vecindad afecta?

‘SE QUIEREN ROBAR LA ELECCIÓN’

Ya cerrando la semana, a Trump le faltaba tiempo para pepenar boletas de donde fuera, y a Biden se le hacía tarde para meterse a la Casa Blanca.

Quien debía remar contra corriente pasó a segunda fase. El jueves, Trump sacó su artillería verbal.

“Joe Biden no debería declarar la victoria para la Presidencia de forma errónea. Yo también podría reivindicarla. Los procedimientos judiciales apenas empiezan”, advirtió Trump en casi ya una declaración de guerra jurídica, pues los números nada más no le salían.

Biden avanzaba en Georgia, Nevada, Pennsylvania, y se mantenía en Arizona, después de quedarse con Wisconsin y Michigan.

Al republicano el panorama le pintaba difícil de revertir.

Desde la Casa Blanca, en un mensaje de al menos 20 minutos, el todavía Presidente hizo una larga lista de acusaciones contra los demócratas, Biden y el proceso electoral en general.

Acusó a medios de comunicación y empresas tecnológicas que de intentar “interferir” en la opinión pública en favor de los demócratas.

“Están intentando robarse la elección”, fue uno de los reclamos más fuertes. Por cierto, muy parecido al slogan de la oposición mexicana en proceso electorales federales anteriores al 2018.

“Es un sistema corrupto, gente corrupta”; “ya gané definitivamente en muchos estados”, añadió Trump.



Pero debía ametrallar: “Gané con cifras sin precedentes, las encuestas se equivocaron”. “Están encontrando repentinamente boletas electorales que benefician a un solo lado”. “Si cuentan los votos legales, gané fácilmente”. “Creo que los jueces van a tener que decidir. Hay muchos trucos...”. “No podemos permitir que amordacen a los votantes e inventen los resultados”.

UN AGRESOR DE MÉXICO

En el 2016, Donald Trump escogió sus mejores armas para ganar la Presidencia de Estados Unidos, una de ellas, en lo general, retar al mundo. Otra, concretita, en cortito, humillar a México.

Con el entonces Presidente de México, Enrique Peña Nieto, no la tuvo tan fácil. Dijo lo que quiso contra los mexicanos, pero tuvo respuesta, al grado de que el mandatario mexicano llegó a cancelarle una reunión.

Con el actual Jefe del Ejecutivo mexicano, Andrés Manuel López Obrador, cambió la estrategia. Entre apapacho y apapacho, Trump le soltó patadas por debajo de la mesa.

El miércoles pasado se leía este mensaje en Twitter: “Y Trump salió de la Casa Blanca antes que Maduro de Venezuela”.

Faltó que alguien dijera, “y se fue de la Casa Blanca sin terminar su muro fronterizo”.

Una de las peores ofensas a México, de esas que no se olvidan, fue aquella que lanzó durante una entrevista en NBC, con el periodista Bob Woodward.

Éste le preguntó a Trump cómo haría para lograr que México pagara el muro.

“Son una nación soberana. ¿Cómo haces que una nación así pague algo que aseguran no pagarán?”, preguntó el periodista.

Hay varias maneras de hacerlo, respondió Trump.

Woodward insistió. “¿Estaría dispuesto a hacer la guerra para asegurarse de que obtendrá ese pago?”

“Confía en mí, Bob”, dijo Trump. “Créeme, cuando rejuvenezca a nuestros militares, México no querrá ‘jugar’ a la guerra con nosotros, qué te puedo decir, no querrá ‘jugar’ a la guerra con nosotros”.

Pero hubo otras tantas.



Desde su precampaña inició su estrategia de acosador. “No quiero nada con México más que construir un muro impenetrable y que dejen de estafar a Estados Unidos”.

“México no se aprovechará más de nosotros. No tendrán más la frontera abierta. El más grande constructor del mundo soy yo y les voy a construir el muro más grande que jamás hayan visto. Y adivinen quién lo va a pagar: México”, dijo en mayo de 2015.

El mismo año, afirmó: “Cuando México nos manda gente, no nos manda a los mejores. Nos manda gente con un montón de problemas, que nos traen drogas, crimen, violadores...”.

En estos días a Trump lo debe ahogar la nostalgia. Solo un milagro podría hacer que quite la victoria a Biden.

Sin duda le quedan muchos amigos. Pero al otro lado de su frontera sur, eso sí, un “amigou”.

Ejército Mexicano, libre expresión y otros derechos

(Juan Bustillos, pág. 1-3)

En ocasión del polémico discurso pronunciado en octubre de 2019 por el general Carlos Gaytán Ochoa en un desayuno de divisionarios retirados y en activo, encabezado por el general secretario Cresencio Sandoval, fui convocado a platicar del tema en las instalaciones castrenses centrales en Lomas de Sotelo. A manera de despedida me comentaron que los militares también gozan del derecho constitucional de libre expresión, lo cual es irrefutable.

Sin embargo, parece que, de aquella charla entre amigos a la fecha, la política militar ha cambiado.

Mientras en la Corte de Nueva York Salvador Cienfuegos Zepeda se comportaba conforme a la gallardía que exige su rango de general de División y a las cuatro estrellas que lució como secretario de la Defensa Nacional de México, declarándose “no culpable” de los delitos por los que la DEA lo tomó preso en Los Ángeles, fue recordado a quienes fueron sus subordinados que deben mantener la mordaza sobre la boca con la pretensión de evitar el crecimiento del malestar en la principal fuerza armada de nuestro país.

El jueves, en “Bajo Reserva Exprés”, la columna institucional de El Universal, informó y comentó sobre un oficio que habría sido dirigido al jefe del Centro Ecuestre de la Sedena, con copia a los responsables del Casino Militar, del restaurante de la Sedena, del Mini Súper Sedena y del hotel “Centenario del Ejército Mexicano”, “lugares de encuentro entre el personal militar”.



La cabeza de la columna es sugestiva como debe serlo todo trabajo periodístico que busca la atención del lector: “Ordenan a militares cerrar la boca en el caso del general Cienfuegos”.

EL SILENCIO DEL PRESIDENTE

Parece un tema, pero, en realidad son dos, si bien sobre uno debemos esperar las audiencias de la Corte neoyorkina que empezarán dos días antes del aniversario de la Revolución Mexicana.

Mientras ocurre, es obligado resaltar que el ex secretario de la Defensa Nacional, a quien se acusa de narcotráfico y lavado de dinero, se declaró no culpable.

No se esperaba otra cosa del general de cuatro estrellas (una menos de las cinco que sólo el presidente de la República tiene derecho a usar por su condición de comandante supremo de las Fuerzas Armadas) que, entre los muchos puestos que ocupó en el Ejército nacional destaca el haber sido director del Heroico Colegio Militar, lo que le otorga una condición muy especial en la concepción del honor que en la clase castrense tiene un significado que a los civiles nos cuesta comprender a cabalidad.

La digna actitud del general Cienfuegos en la Corte contrasta con el estupor y pasividad con que el gobierno mexicano en su conjunto, incluidas las Fuerzas Armadas, reaccionaron a su detención en el aeropuerto angelino.

Resulta ocioso insistir en que, por las razones que se quiera, el gobierno norteamericano ocultó al mexicano la investigación sobre Cienfuegos y su intención de capturarlo. Ni siquiera es creíble la versión del presidente López Obrador de que dos semanas antes de la aprehensión, la embajadora de México en Washington, Martha Bárcena, le habló sobre lo que había escuchado en los mentideros políticos y diplomáticos de la capital norteamericana.

Y no es creíble porque si el presidente conoció las intenciones de la DEA o del gobierno norteamericano antes de los acontecimientos del 15 de octubre en el aeropuerto de los Ángeles, menos entenderíamos su tardanza de varias semanas, tres o cuatro, al menos, en manifestar el “profundo descontento” que de manera verbal y por canales diplomáticos el Estado Mexicano expresó al de Estados Unidos por la secrecía con que manejó el caso, según dijo el secretario de Relaciones Exteriores, Marcelo Ebrard, el 29 de octubre.



LA AFRENTA

En este contexto se entiende, pero no se justifica, que los más altos mandos de la Sedena considerasen necesario prohibir que en los lugares en donde se reúnen militares o sus familiares se hable del general Cienfuegos, y que además la prohibición se hiciera de la manera más burocrática posible, mediante oficio.

En efecto, como me dijeron en aquel desayuno en la Sedena, aunque vistan de verde olivo o blanco, los militares también ciudadanos en goce del derecho constitucional de expresarse libremente del tema que les venga en gana.

Supongo que el teniente coronel Pérez Cuevas no actuó por su cuenta y se concretó a cumplir las órdenes del jefe de la Fuerza Armada más importante del país, el general Cresencio Sandoval, quien supongo hizo lo mismo con las más amplias que en privado debió darle su comandante supremo.

En el terreno de los supuestos no imagino en situaciones normales al general Sandoval ordenando que por escrito se prohiba a sus subalternos hablar de su antecesor, de la misma manera que me resisto a aceptar que Cienfuegos manejara sus supuestos negocios de narcotráfico mediante mensajes telefónicos si tenía a sus órdenes una estructura jerárquica perfectamente aceptada y lista a cumplir de inmediato y sin pestañear.

El dilema

(Adolfo López Mañón, pág. 22-23)

Tío Daniel era un profesional de la preocupación. Todo alimentaba su permanente desasosiego, de que estallara una guerra nuclear a que pudiera haber cucarachas en su casa; de la posibilidad de que un asteroide gigante chocara con el planeta a que fuera a nevar en Toluca; de que el control natal despoblara al mundo a que se fueran a apagar los pilotos de la estufa de su casa en la noche; si viajaba en camión rezaba para que el chofer no se quedara dormido, si iba en su coche, para que no estuviera descompuesto el medidor de la gasolina. No era vida. Y mientras, con él angustiado por tanta cosa, su hija mayor le obsequió dos nietos con papá (o papás) por determinar, sus dos hijos varones abandonaron la universidad sin avisarle y su esposa, una estupenda sinaloense, encargó otro bebé por obra del Espíritu Santo, porque de él no era, que él estaba preocupado porque de veras no fuera contagioso el cáncer. “Hay gente pa’ tó”, decía el gitano.

Es muy reconfortante, si acaba uno de entrar en uso de razón, oír a nuestro Presidente: Nada lo preocupa, si acaso, algún asunto lo ocupa, que es distinto.



Vamos bien, requetebien, no sólo en economía (declaración del 14 de noviembre de 2019), sino también requetebien en la pandemia del Covid-19 porque no se saturan los hospitales (9 de abril pasado), aunque, siempre alerta, para el 12 de agosto, dijo nada más que “vamos bien” y así ha de ser, como deja suponer su confirmación ese día, de que está descartado “rediseñar la estrategia”; y como está en todo y sabe que nunca falta un nerviosito, el 20 de octubre aclaró que “no hay problemas, aquí se está aclarando que no hay rebrote, que vamos enfrentando la pandemia bien”.

De veras, Dios bendito que nos puso en manos de este adalid de la fe que mueve montañas. Nos faltará vida para agradecer al Creador que insufla su sabiduría al Presidente para enfrentar como se deben cosas como esto del Covid-19: “(...) El escudo protector es la honestidad, eso es lo que protege, el no permitir la corrupción (...) detente, enemigo, que el corazón de Jesús está conmigo”. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

No nos permitamos dudar, la fe debe ser ciega (ya nos dijo, ¡caray!). No oiga a esos pesimistas que se entusiasman por lo mal que se van a poner las cosas. No importa que la economía nacional baje este año el 9% (adicional a lo que cayó el año pasado, sin pandemia, por cierto), pues se va a recuperar en “V”, como cuete; ni muchísimo menos nos dejemos distraer por los adictos a la “Aritmética para perversos”, que se ponen a hacer cuentas por afición morbosa a la realidad; no les preste oídos, repita conmigo: “No oigo, no oigo, soy de palo”, cuando le digan que en México mueren por ese contumaz virus, más de 16 personas por hora, sí señor, por deshonestos, por permitir la corrupción, por no traer escapulario en la cartera (primer fallecimiento el 18 de marzo; al 4 de noviembre, 231 días; total de fiambres oficiales a ese día, 93,228; lo que arroja 403.58 defunciones por día; 16.81 muertos por hora); eso es, como bien se ve, “Aritmética para perversos”... y se recomienda hacer abstracción sobre la información oficial de que seguramente son más difuntos, un 56% más, que es su mejor mentira. Qué desgracia, qué torpeza, ¡qué manera de perder!

Así como nada perturba la serenidad (y sonrisa) presidencial, hay cosas que lo molestan: Los empresarios (nacionales y extranjeros); la prensa (nacional y extranjera); los fifís, los conservadores, los papás de los niños con cáncer; las escandalosas mujeres que exigen justicia y seguridad, de veras, no tienen llenadera; los de Frena, los de Sí por México, las ONG's; los órganos autónomos de gobierno, los que estudian en el extranjero, los ex presidentes; la alta burocracia, la mitad de Morena y los que ganan más que él, pero, suertudos que somos, él respeta, él tolera y no tiene igual (entienda bien cuando dice “no somos iguales”: Él es un Presidente sin igual).

Quedamos entonces: La nave va. No altera el pulso de nuestro líder, guía y gurú, ni la crisis sanitaria, ni la crisis económica, ni la inseguridad pública, ni si Biden gana la Casa Blanca, para todos tiene. ¡Qué felicidad!



Ahora toca a nosotros, esperanzados tenochcas de sólida fe, que en los EUA se vayan tomando en serio el optimismo presidencial. Allá no tejen con alambre de púas, les gusta hilo menos grueso; mire usted, el 27 de enero de 2009, un tal almirante Michael Mullen, jefe del Estado Mayor Conjunto, comentó en rueda de prensa en Washington, el informe elaborado por el general James N. Mattis, jefe del Comando de las Fuerzas Conjuntas, diciendo que estaba “(...) extremadamente preocupado por lo que ocurre en la frontera y por la guerra que han lanzado los cárteles de la droga (en México)”, y el ex presidente la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, ese mismo mes pronosticó que se podría enfrentar “una crisis sorpresiva” en México. Por cierto, el tal general Mattis, advirtió en su informe del posible “colapso de México” ante el embate de los cárteles de la droga. ¡Zambomba!, por no escribir una vulgaridad.

Esas declaraciones tan alarmistas fueron a causa de la extrema violencia de tiempos del presidente Calderón y su inmensa cauda de asesinatos... que era 181% menos que en el mismo periodo que lleva nuestro actual Ejecutivo.

La situación de México la empolló el Trump por cálculo político respecto de su intención de reelegirse. Eso, gane o no, ya pasó. Que alguien le recuerde al Presidente López Obrador: Es la seguridad pública, señor, lo acaba de declarar el embajador Landau: Sin seguridad, nada funciona... y esperan resultados verificables.

Si el actual gobierno federal no fuera de un solo hombre, tal vez hubiera la posibilidad de que alguien le avisara esto al Presidente para que fuera sonriendo menos en sus conferencias mañaneras... y tal vez le explicaría que eso de que “al que madruga Dios le ayuda”, no es cierto, Dios ayuda a todas horas, pero trabajando. Hablar menos hacer más. Babear o no babear, he ahí el dilema.